



## **Medios de Comunicación:**

### **Velocidad y violencia en la construcción de la realidad**

Diego Levis, agosto 2001

La televisión, el cine, los videojuegos ocupan un espacio importante en el proceso de socialización. Los modelos de comportamiento que proponen y la visión del mundo que transmiten los medios participan cada vez más en la construcción de nuestras representaciones de la realidad

La violencia, en sus diferentes manifestaciones, es signo distintivo de gran parte de los contenidos de los medios de comunicación destinados a niños y adolescentes. Situación que se ha convertido en tema continuo de preocupación en diferentes ámbitos sociales.

La disparatada tendencia de muchos programas de televisión, films y videojuegos a presentar la violencia como la única respuesta posible frente a la adversidad, a ignorar los sentimientos del otro, a distorsionar las reglas sociales, a favorecer una visión discriminatoria y excluyente de las mujeres, a alentar una visión dantesca del mundo, a fomentar el todo vale como norma aceptable de comportamiento y a estimular todo tipo de actitudes insolidarias, no puede dejar de despertar una justificada inquietud.

La interiorización de la violencia como algo divertido y banal, a la larga, sólo puede conducir a una mutilación afectiva del individuo y a una incapacidad para asumir la responsabilidad de vivir en libertad. Con cada ser humano viene al mundo algo nuevo que todavía no ha existido, algo inicial y único. La violencia, el desprecio al otro, la insolidaridad son incompatibles con la vida. Tener plena conciencia del valor de cada vida es la barrera más eficaz que puede levantarse contra la barbarie.

Vivimos rodeados de pantallas. Televisores, videocámaras y computadoras regulan cada instante de nuestra vida. Trabajamos, nos comunicamos e informamos, compramos, sacamos

dinero del banco y nos divertimos utilizando pantallas. Pantallas que nos permiten acceder aquí y ahora a cualquier lugar del mundo.

Los medios de comunicación, en una carrera obsesiva contra el tiempo, persiguen la difusión de los acontecimientos en el mismo momento que se producen. Pero una definición completa de información no debe obviar su aspecto significativo. La comprensión no puede estar separada de la reflexión y esta por definición se opone al vértigo de lo inmediato.

De este modo, la velocidad de acceso a la información, paradójicamente, se convierte en depravadora del conocimiento. La avalancha de informaciones y datos que difunden los medios de comunicación va minando la capacidad de comprensión del receptor sumiéndole en una suerte de estado de semi-conciencia. Una violencia silenciosa y sutil que aplasta los acontecimientos en una cacofonía de palabras e imágenes que terminan conduciendo al escepticismo y al desinterés, a una descomposición de lo social. Y cubriendo todo esto, la pátina indeleble del consumismo, naturalizado por los medios de comunicación como el motor principal de la existencia.

Todos, de un modo u otro, construimos un conjunto de representaciones de la realidad que nos permiten relacionarnos con el entorno que nos rodea. Sin embargo, la mayor parte de las personas, en particular niños y jóvenes, carecen de herramientas para enfrentarse al aluvión de mensajes despersonalizadores que nos bombardean desde la televisión, el cine y otros medios de comunicación. La velocidad en que se suceden y renuevan noticias, canciones, modas, libros, películas, medidas económicas, reuniones políticas hace que cada vez sea más difícil distinguir lo trascendente de lo irrelevante.

Esta cultura de la velocidad tiene consecuencias importantes en la educación. Habitados a la inmediatez, los chicos, y los no tan chicos, tienden a resistirse a aceptar los tiempos que requieren los procesos de aprendizaje. Se exigen plazos cortos confundiendo el conocimiento con el acceso y acumulación a grandes volúmenes de datos. Pero no debemos, no podemos resignarnos. Hallar respuestas a las preguntas planteadas es siempre necesario, pero plantearse

los interrogantes adecuados es imprescindible para hacer de la reflexión un ejercicio fértil, susceptible de mejorar, al menos, una pequeña parcela de la realidad a través del conocimiento.

Todos quienes aceptamos la responsabilidad de formar a las generaciones más jóvenes, hemos de asumir el compromiso de contribuir al desarrollo de una sociedad constituida por personas con espíritu crítico y constructivo que impulse una cultura de paz. Nunca la violencia, nunca la mentira ni la injusticia, jamás la guerra y la discriminación, ni la humillación, ni la perpetuación de la miseria. Por encima de cualquier otro valor, la afirmación de la vida como el bien supremo e incuestionable.

© Diego Levis, 2001 y 2006



Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra, excepto para usos comerciales, las condiciones de la licencia: "<http://creativecommons.org/licenses/by-nc/2.5/ar/>"